CUADERNOS
historia 16

La guerra fría

Julio Gil Pecharromán

50

Entrega n.º 50 de la colección *Cuadernos Historia 16* dedicado a la guerra fría.

Julio Gil Pecharromán

La guerra fría

Cuadernos Historia 16 - 050

ePub r1.0
Titivillus 24.09.2021

Título original: *La guerra fría*
Julio Gil Pecharromán, 1985

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Los dirigentes soviéticos en un acto conmemorativo de la muerte de Lenin, Moscú, 1952.

Indice

LA GUERRA FRÍA
La guerra fría
Por Julio Gil Pecharromán
Profesor de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid

El mundo occidental

El mundo soviético

Las alianzas

América, para los americanos

Europa occidental

Próximo y Medio Oriente

Asia oriental

El bloque socialista

Las primeras crisis

El problema alemán

Corea

El deshielo

Bibliografía

La guerra fría

Por Julio Gil Pecharromán

Profesor de Historia Contemporánea. Universidad Complutense de Madrid

El término *guerra fría*, que define a este período de la historia contemporánea, es de origen norteamericano. Lo inventó en 1947 el periodista Herbert B. Swope para su empleo en un discurso del senador Barnard M. Baruch. Lo recogió otro periodista, Walter Lippmann, que lo popularizó en una recopilación de sus artículos titulada *La guerra fría. Estudio de la política exterior de los Estados Unidos*. A finales de los años cuarenta, la expresión había ganado carta de naturaleza y se utilizaba para designar al complejo sistema de relaciones internacionales de la posguerra, la pugna entre las dos *superpotencias* por la hegemonía mundial y la aparición de un abismo de hostilidad y temor entre los dos grandes bloques geopolíticos que habían heredado el espíritu de Yalta y San Francisco.

Este enfrentamiento tomó estado oficial a partir de 1947, cuando entró en definitiva crisis la fase que los analistas denominaron de *expectativas de cooperación*, durante la cual los aliados buscaron, sin éxito, la profundización de los acuerdos alcanzados durante la guerra y la creación de un sistema mundial basado en los principios de la Carta de las Naciones Unidas.

Sus primeros teóricos —o *propagandistas*, conforme los llama Deutscher— fueron dos políticos, estadounidense el uno, soviético

el otro, que se convencieron antes que la mayoría de sus compatriotas de que el tiempo de la cooperación había pasado y que se hacía precisa la adopción de una estrategia acorde al papel mundial de sus países y a las nuevas condiciones internacionales,

En marzo de 1946, al tiempo que Winston S. Churchill anunciaba al mundo la aparición en Europa de un telón de acero entre el este y el oeste, el embajador norteamericano en Moscú, George F. Kennan, remitió a sus superiores un informe de tonos apocalípticos. Kennan, un anticomunista visceral, trazaba un crudo análisis de la realidad internacional y de las expectativas de la política exterior soviética. Según él, la política norteamericana debía dedicarse a *contener con paciencia, firmeza y vigilancia* las tendencias a la expansión de la URSS. Recomendaba, por tanto, *hacer frente firmemente a los rusos y oponerles una resistencia inmutable donde quiera que se apresten a perjudicar los intereses de un mundo pacífico y estable*. Para el embajador, una política de firmeza por parte de Washington no sólo ejercería un efecto disuasorio sobre los rusos, sino que crearía *las condiciones para la desaparición o, al menos, la suavización gradual del régimen soviético*.

Semejante punto de vista encontró ardientes defensores en Estados Unidos y preparó el terreno para la formulación de la *doctrina Truman*, un año después, y para la adopción de la política de *represalia masiva* por la Administración republicana de Eisenhower, en 1954.

En el lado soviético, el análisis de la nueva situación corrió a cargo de otro duro, Andrëi Jdanov, quien lo dio estado oficial ante la conferencia fundacional de la Kominform —Oficina Internacional de Información—, organización creada en Szklarska Poreba, en septiembre de 1947, para coordinar la actuación de los partidos comunistas bajo el liderazgo de la URSS. Respondiendo a la *doctrina Truman*, Jdanov utilizó sus mismos argumentos, pero dándoles la vuelta. También para el Kremlim resultaba patente la división del mundo en dos bloques: *el campo imperialista y antidemocrático por una parte y el campo anti-imperialista y*

democrático por otra. En el primero se alineaban los Estados Unidos, sus aliados europeos y americanos y los Gobiernos anticomunistas de aquellos países que, como Grecia y China, vivían situaciones de guerra civil.

El secretario de Estado norteamericano, general George Marshall, coordinó la ayuda norteamericana para la reconstrucción de Europa.

El presidente Truman se dirige a los participantes en la Conferencia de San Francisco.

El fin principal del campo imperialista consiste en el fortalecimiento del imperialismo, la preparación de una nueva guerra imperialista, la lucha contra el socialismo y la democracia y el apoyo a todos los regímenes y movimientos reaccionarios, antidemocráticos y profascistas.

Enfrente, bajo la dirección de la Unión Soviética, se situaban *las nuevas democracias* del Este europeo, los partidos comunistas de los países occidentales, los movimientos de liberación nacional de las colonias y *el movimiento obrero y democrático de todos los países*. Los fines de este campo eran *la lucha contra el peligro de una nueva guerra imperialista, el afianzamiento de la democracia y el exterminio de todos los restos del fascismo*.

Las iniciativas de Kennan y de Jdanov enmarcaban perfectamente el nuevo estilo de relaciones internacionales. Una guerra jamás declarada, cuyos argumentos más contundentes no se

esgrimían en el campo de batalla, sino en los foros internacionales, en los despachos de los estrategas, en las páginas de los periódicos y en los laboratorios de los científicos nucleares.

Se pueden destacar cuatro grandes rasgos de la vida internacional durante el período de la *guerra fría*:

— La estructuración de un *sistema bipolar rígido*, en el que no cabían las posiciones intermedias, que alineaba a dos bloques de países agrupados en torno a dos potencias imperiales, Estados Unidos y la Unión Soviética. El mundo de la posguerra había sido preparado para contemplar la hegemonía de los *tres grandes*, pero el agotamiento del Reino Unido y los graves problemas que le acarreó su proceso descolonizador, le forzaron a descargar paulatinamente sus responsabilidades internacionales en los norteamericanos, que se convirtieron así en los *gendarmes* occidentales frente al bloque soviético.

— La tensión permanente entre los dos polos, motivada por la búsqueda del equilibrio estratégico en un mundo profundamente alterado por la Segunda Guerra Mundial y sometido a continuos cambios en la posguerra. La necesidad de una reafirmación permanente del liderazgo de las dos *superpotencias*, el forzado alineamiento de las demás naciones y el continuo rearme militar e ideológico son las consecuencias más importantes de la búsqueda del equilibrio, que halla en la carrera nuclear su máxima expresión.

— Una política de *riesgos calculados* destinada en un primer momento a la *contención* de los avances del adversario y luego a *disuadirle* de cualquier acto hostil, pero evitando provocar un conflicto de carácter mundial. Esta política condujo a la continua aparición de *puntos calientes* —Corea, Berlín, Cuba, etc.—, donde los bloques midieron sus fuerzas, dispuestos a reconstruir el *statu quo* por la vía de la negociación, en cuanto la asunción de riesgos fuera excesiva para ambos.

La incertidumbre ante las intenciones y la capacidad de resistencia del adversario forzaban a un continuo incremento de la capacidad ofensiva de los bloques: ya que el último riesgo a asumir,

presente siempre en los planes de los Estados Mayores, sería la Tercera Guerra Mundial.

— El papel asignado a la Organización de Naciones Unidas como foro de discusión entre los bloques, último recurso ante las crisis y, a la vez, escenario de la propaganda de los adversarios. Pese a los efectos negativos del veto, el *directorio mundial* que representaban los miembros permanentes del Consejo de Seguridad y el creciente protagonismo de la Asamblea General y del Secretario, convirtieron a la ONU en una vital plataforma de diálogo en unos años en los que el lenguaje internacional aparecía cargado de connotaciones bélicas.

El mundo occidental

Los norteamericanos no estaban preparados para asumir sin dilaciones el papel de lideres de uno de los campos. La grave crisis de posguerra en Europa, las crecientes dificultades de británicos, franceses y holandeses en sus ámbitos coloniales y la magnitud del poderío militar ruso, forzaron a los políticos y militares estadounidenses a improvisar un sistema de dominio sobre las zonas que denominaban *mundo libre* y otro de confrontación con la esfera imperial de sus adversarios soviéticos.

Es evidente que los norteamericanos no acogieron con disgusto su nuevo papel, pero su puesta en práctica fue costosa, estuvo jalonada de graves errores e incluso alteró el tradicional equilibrio de la sociedad norteamericana, zambulléndola de improviso en el espíritu maniqueo que propicio la aparición del fenómeno maccarthysta.

Los políticos de Washington basaron su estrategia ante la *guerra fría* en cinco puntos fundamentales:

— El sostenimiento de un enorme potencial militar propio, apoyado en un continuo esfuerzo de renovación tecnológico, que supusiera una garantía para sus aliados-satélites y contuviese al Ejército Rojo en los límites de su propia zona de dominio imperial.

— La ayuda económica para la reconstrucción de los países afectados por la Segunda Guerra Mundial a cambio de amplias facilidades para la penetración económica y política de Estados Unidos en dichos países. Y, a la vez, el apoyo a los regímenes democráticos conforme a los principios del *mundo libre*. Esta última premisa sólo mostró su valor en algunos países europeos, ya que, desde comienzos de los años cincuenta, los norteamericanos favorecieron la consolidación de dictaduras anticomunistas en zonas de interés estratégico, como la de Chiang Kai-chek en Taiwan, la de Ngo Dinh Diem en Vietnam o la de Syngman Rhee en Corea.

— La ayuda militar a los aliados y a los países amenazados por la *subversión comunista* mediante el envío de armamento, la cooperación técnica y financiera e incluso el estacionamiento de tropas. La creación de su sistema de pactos multilaterales, completado por una serie de bilaterales de los Estados Unidos, facilitaban la cohesión del bloque al garantizar la mutua seguridad de sus miembros.

— El cerco militar a la URSS y a sus aliados-satélites a través de los pactos militares y de una compleja red de bases norteamericanas en el exterior. Este cerco se completaba con el control, por parte de Estados Unidos y otros países de su bloque de las principales encrucijadas del tráfico marítimo: Suez, Adén, Panamá, los estrechos del Báltico, etcétera.

— La propagación en el *mundo libre* de una ideología anticomunista bastante primaria, pero muy eficaz, que convertía í2 Estados Unidos en el defensor de los tradicionales valores de la civilización occidental frente a la *barbarie* soviética.

El mundo soviético

Por lo que respecta a los rusos y, en cierto modo, a los países sometidos a su influencia, la adopción de los métodos de confrontación de la *guerra fría*, como eje de su sistema de relaciones internacionales, obedecía básicamente a dos principios.

El primero se basaba en la firme creencia de los dirigentes soviéticos de que el capitalismo occidental no podría superar el caos subsiguiente a la Guerra Mundial, y que los últimos coletazos del imperialismo agonizante supondrían una temporal amenaza para el mundo socialista.

Un documentado libro del economista húngaro Varga, publicado en la URSS en 1946, y que sostenía que el sistema capitalista se estaba recuperando rápidamente y no sufriría una crisis de crecimiento por lo menos en una década, fue condenado como herético por las autoridades y su autor sufrió los rigores de la *caza de brujas* que Jdanov desarrollaba contra los intelectuales heterodoxos.

Stalin, Molotov, Malenkov y otros dirigentes soviéticos en el entierro de Jdanov, 1948.

URSS
MAR
CASPIO
URSS
Tabriz
Ardabil
Bandar-i-Palavi
Resht
AZERBAIJAN
Ashjabad
Merv
MAZANDARAN
Mashhad
Kirkuk
Qazvin
Sanandaj
Teherán
Amadán
Herat
Qom
JORASAN
Kermanshah
Bagdad
LURISTAN
AFGANISTAN
Isfahan
IRAQ
Yadz
Jorramshahr
JUCESTAN
IRAN
Basora
Abadán
Kermán
Shiraz
KUWAIT
(Brit.)
FARS
GOLFO
SISTAN
ARABIA
Bandar Abbas
PAKISTAN
BALUCHISTAN
BAHREIN
(Brit.)
SAUDITA
PERSICO
QATAR
(Brit.)
MAR DE OMAN
LA CRISIS IRANI, 1945-47
Concesiones petrolíferas:
República Autónoma de Azerbaiján
Area poblada por los kurdos
Británica
Soviética
Norteamericana
Zona exigida por la URSS
G. LLORENTE

El general Papagos, comandante en jefe del Ejército griego desde enero de 1949, logró poner fin a la sangrienta guerra civil que dividía al país

El dogma oficial de la crisis irrevocable del capitalismo de posguerra arraigó entre los ideólogos soviéticos y todavía en 1959 el economista Nikitin escribía en un tratado de economía política que *la realidad de nuestros días viene a confirmar la conclusión a que llegó Marx hace más de cien años acerca de que el modo de producción capitalista estaba condenado por la historia a desaparecer*.

La creencia de que este proceso de descomposición se aceleraba por la *militarización de la economía*, que acarreaba un empeoramiento de la situación de los trabajadores occidentales como consecuencia de la división del mundo en dos sistemas y de la crisis y desintegración de los imperios coloniales, contribuyó tanto como las evidentes intenciones hegemonistas de los Estados Unidos a que la Unión Soviética entrase de lleno en el juego de la *guerra fría*.

El otro principio era de índole psicológica. A lo largo de tres décadas la población soviética se había visto sometida a una continua presión exterior. La intervención aliada en la guerra civil primero, el *cordón sanitario* y el cerco económico después y la invasión alemana a partir de 1941, habían desarrollado en la conciencia colectiva un lógico complejo de autodefensa que los planteamientos de la *guerra fría* no hicieron sino aumentar. No hay que olvidar que la amenaza atómica, la cristalización de los pactos militares multilaterales o la reconstrucción del Estado alemán fueron

iniciativas occidentales y que los dirigentes soviéticos, apoyándose en el control absoluto de los medios de comunicación, pudieron presentarlas a un pueblo como otras tantas agresiones que no debían dejarse sin respuesta.

Esta sensación de amenaza se transmitió también a las *democracias populares*. Las primeras acusaciones de injerencia occidental se basaron en la resistencia de amplios sectores de la burguesía y del campesinado al establecimiento de la dictadura de partido y a la socialización de la economía. El parcial fracaso de los planes de reactivación y la utilización política del *Plan Marshall* por los norteamericanos fueron también presentados como parte de una ofensiva hostil del mundo capitalista. Finalmente, la creación en la primera mitad de los años cincuenta de un sistema de alianzas militares que aislaba con un nuevo *cordón sanitario* al bloque socialista mostró como incuestionable la oficialización del espíritu de la *guerra fría* en todo el ámbito imperial soviético.

La URSS encaró la nueva época con una estrategia de confrontación basada fundamentalmente en seis puntos:

— El continuo aumento del poderío militar propio. En 1952, la Unión Soviética dedicaba a sus Fuerzas Armadas el 80 por 100 del gasto público y tenía en armas a cuatro millones y medio de hombres. El fin prioritario de su política militar era superar el desarrollo tecnológico de los Estados Unidos y, sobre todo, desarrollar un arsenal atómico capaz de *disuadir* a los occidentales de cualquier agresión frontal.

— La formación de un bloque militar bajo coordinación soviética en el este europeo. Aunque los rusos ocupaban militarmente desde 1944 gran parte de su *glacis* occidental, desde Finlandia a Bulgaria, no creyeron oportuna la elevación de esos países a la categoría de socios militares hasta la aparición de la OTAN y aun así tardaron todavía seis años en formalizar el Pacto de Varsovia.

— El establecimiento de un sistema económico integrado, primero a través del control de las economías de sus aliados-satélites y, a partir de 1949, del *Consejo de Ayuda Mutua*

Económica —CAME o COMECON— destinado fundamentalmente a servir los intereses del desarrollo soviético.

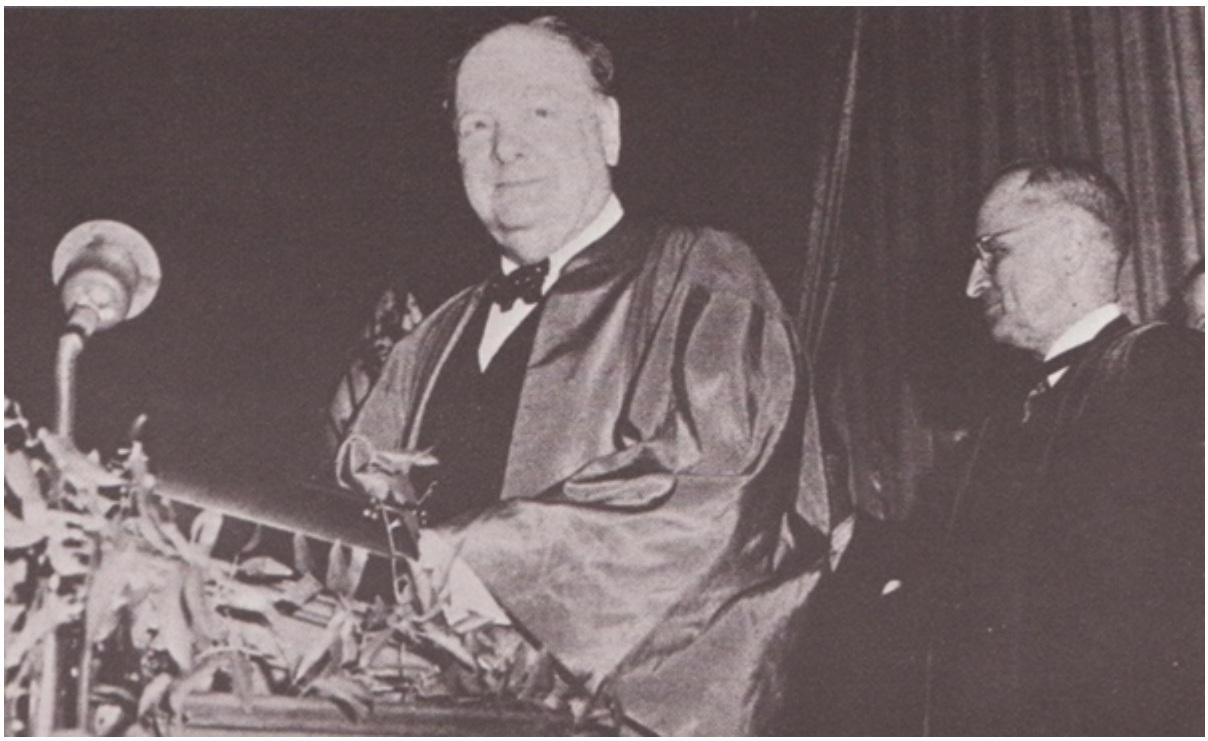
— El apoyo a los movimientos pacifistas de Occidente, canalizado a través de la Kominform desde 1948. La creación del *Movimiento de los Combatientes por la Paz* y, en 1950, del *Consejo Mundial de la Paz*, tenían como finalidad movilizar a la población contra la política de rearme y de integración militar del bloque occidental. Desde el principio, el movimiento pacifista centró sus campañas en la denuncia de la escalada nuclear anglo-americana, campañas que alcanzaron su mayor virulencia tras la aprobación por el Consejo Mundial de la Paz del *manifiesto de Estocolmo*, un documento antinuclear para el que se llegaron a recoger 273 millones de firmas de firmas en todo el mundo.

— La lucha contra las disidencias internas, tanto en el caso de los intelectuales y pacifistas soviéticos como en el de los dirigentes *nacionalistas* de los países aliados-satélites. Ello provocó las purgas de los años 1948-52 y las intervenciones rusas en Alemania Oriental, Polonia y Hungría, si bien Yugoslavia y luego China y Albania lograron escapar al monolítico alineamiento característico de la *guerra fría*.

Finalmente, el apoyo a los movimientos de liberación afro-asiáticos y en especial a aquellos en los que los comunistas ejercían un papel dirigente.

Las alianzas

Como acabamos de ver, una de las más destacadas características de la *guerra fría* fue la creación de un complejo sistema de alianzas político-militares y económicas. Sus fines eran facilitar la cooperación entre los países de un mismo bloque y marcar su territorio frente a cualquier intento expansionista del adversario.



Winston Churchill pronuncia su famoso discurso en Fulton, Missouri, marzo de 1946.

Para justificar su creación, las *superpotencias* se acogieron al artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas, que reconocía el derecho a la legítima defensa individual o colectiva, y el 52, que permitía el establecimiento de acuerdos regionales. En un contexto internacional tan crispado como el de la *guerra fría*, las alianzas fundamentales eran las militares, que se extendieron por gran parte de la superficie del planeta entre los años 1947 y 1955.

Para R. Osgood, *la base de estas alianzas es un convenio formal que obliga a los Estados a cooperar en el uso de sus recursos militares contra un Estado o unos Estados concretos y que suele obligar a uno o más le los signatarios a emplear la fuerza o a estudiar el empleo de la fuerza en circunstancias estipuladas.*

En el caso de los pactos defensivos —y todos lo eran en esa época— no se suele considerar la posibilidad de una agresión de un Estado miembro contra otro y, por tanto, sólo contemplan la actuación conjunta para las amenazas procedentes del exterior. En realidad, durante las dos décadas que siguieron a la Guerra Mundial la posibilidad de un conflicto armado en un bloque era muy remota, ya que las dos *superpotencias* estaban en condiciones de impedir cualquier conato de enfrentamiento entre sus aliados-satélites. Pero ellas sí que intervenían para evitar defecciones, como hicieron los rusos en Hungría (1956) y en Checoslovaquia (1968), o los norteamericanos en Guatemala (1954), Cuba (1960-62) o la República Dominicana (1965). Eran unas alianzas en las que resultaba fácil entrar, pero prácticamente imposible salir, por cuanto el abandono del bloque implicaba siempre la sospecha de colaboración con el adversario.

Durante la *guerra fría*, el campo socialista era muy compacto territorialmente. En Europa, sus fronteras estaban marcadas por el límite de la ocupación militar rusa —con la excepción de Austria y la inclusión de Albania— y formaban lo que los occidentales llamaban el *telón de acero*. En Asia, Mongolia, China y la mitad septentrional de Corea y de Vietnam se situaban a mediados de la década de los cincuenta en la órbita soviética

En todo este conjunto territorial, que iba desde el Báltico al golfo de Tonkín, los rusos establecieron una única alianza militar multilateral, el *Pacto de Varsovia*, que incluía sólo a las *democracias populares* europeas, y un sólo sistema económico, el CAME o COMECON, también de ámbito europeo, pero que luego se extendería a Mongolia, Cuba y Vietnam,

El planteamiento norteamericano del sistema de alianzas fue muy distinto. Como herederos del poderío mundial europeo, los estadounidenses añadieron a su tradicional dominio sobre Iberoamérica nuevas responsabilidades en Asia, en África y en la propia Europa. Hacia 1955, casi tres cuartas partes del mundo estaban alineadas, de un modo u otro, en el campo que lideraba Estados Unidos.

Los políticos de Washington no recurrieron a un pacto global, impensable en un conjunto tan variado y cambiante como era su zona de dominación, sino que alentaron la creación de cinco alianzas *regionales* en las que los Estados Unidos compartían los honores estelares con su principal socio europeo, el Reino Unido. Las alianzas abarcaban la América del Centro y del Sur (*Organización de Estados Americanos*), Europa y América del Norte (*Organización del Tratado del Atlántico Norte*), el Próximo y Medio Oriente (*Pacto de Bagdad*, sustituido por la *Organización del Tratado Central*), el Asia Sudoriental (*Organización del Tratado del Sudeste Asiático*) y el Pacífico meridional (*Pacto del ANZUS*).

A este sistema, que poseía un claro propósito de continuidad estratégica, se sumaban los *acuerdos bilaterales* firmados por los

Estados Unidos (Taiwan, Japón, Corea, España, etcétera) y los todavía importantes imperios coloniales de sus aliados-satélites europeos.

En el plano político y económico, el bloque occidental sufrió un proceso de integración mucho menos acentuado que su adversario. Pese a que en algunas regiones como Europa occidental o Latinoamérica los mecanismos de integración experimentaron un gran empuje a lo largo de los años cincuenta y sesenta, muchas organizaciones regionales —la *Liga Árabe*, el *Consejo Nórdico*, el *Grupo de Colombo*, etcétera— escapaban al ámbito de actuación del bloque, mientras que las restantes poseían un alcance regional más reducido que los pactos militares o poseían unos fines de alcance muy limitado.

Dado que la aparición y el desarrollo de estas organizaciones supranacionales tuvieron una gran incidencia en los planteamientos de la *guerra fría*, y que incluso trascienden los límites de ese período para prolongar en algunos casos su actuación hasta nuestros días, las analizaremos por regiones y bloques político-militares.

América, para los americanos

El continente americano era un campo tradicional de dominio de los Estados Unidos, con la cada vez menos firme excepción de las colonias europeas y de los miembros de la Commonwealth. Desde la formulación de la *doctrina Monroe*, en 1823, los norteamericanos habían considerado toda el área de Iberoamérica, y sobre todo el Caribe, como zona de seguridad nacional y de expansión imperial. A las frecuentes intervenciones militares se había añadido, en 1890, la *Unión Panamericana*, creada para fortalecer el proceso de integración política y económica del Continente bajo la hegemonía norteamericana.

En los preludios de la *guerra fría*, los estrategas de Washington comenzaron a considerar la necesidad de auspiciar un acuerdo militar que no sólo previniese agresiones de potencias no continentales, sino que facilitase la lucha contra los progresos del comunismo en los países americanos

Aunque ya en febrero de 1945 los miembros de la Unión Panamericana habían establecido mediante el *acta de Chapultepec* el principio de *la defensa conjunta de los Estados americanos contra la agresión exterior*, no se planteó un pacto formal hasta 1947. En el mes de agosto de ese año, los cancilleres de la Unión se reunieron en la localidad brasileña de Petrópolis, cercana a Río de Janeiro. La iniciativa de la Conferencia se debía a Arthur H. Vanderberg, uno de los ideólogos norteamericanos de la *guerra fría*, quien temía la aparición del comunismo en América si las naciones del Continente continuaban apartándose entre sí.

Apenas iniciadas las sesiones, la delegación estadounidense presentó una propuesta de Tratado que contemplaba la ayuda militar —intervención incluida— a aquellos países que se vieran amenazados por el comunismo. La resistencia de la mayoría de los delegados a sancionar lo que parecía una entronización de la *política de la cañonera* forzó una cláusula que estipulaba que la

intervención sólo se efectuaría por acuerdo de todos los países miembros. La firma del *Tratado Interamericano de Asistencia Reciproca* (TIAR) cerró las sesiones de la Conferencia de Río el 2 de septiembre.

Un año después, la Unión Panamericana fue sustituida por un organismo mucho más operativo, la *Organización de Estados Americanos* (OEA), creada en la Conferencia de Bogotá y que perfeccionaba el sistema de seguridad colectiva del TIAR, acordando un arbitraje obligatorio entre los países miembros y estableciendo una organización permanente tanto con fines políticos como militares.

Completando el pacto continental —aunque Canadá no se adhirió a él— se articularon en años sucesivos diversos acuerdos de carácter regional como el *Consejo Interamericano Económico y Social* (CIES), de 1949; la *Asociación Latinoamericana de Librecambio* (ALALC), de 1960: el *Mercado Común Centroamericano* (MCCA), del mismo año, o la *Organización de Estados Centroamericanos* (ODECA), de 1952. Unos acuerdos militares con Canadá (1947) y con Dinamarca sobre la utilización de bases en Groenlandia (1951) completaron el sistema continental americano de los años de la *guerra fría*.

Europa occidental

Esta región estaba destinada a convertirse en el más importante aliado de los Estados Unidos en su confrontación con la Unión Soviética, tanto por su potencial económico y su valor estratégico como por la extensión de sus dominios coloniales y su influencia moral en muchas zonas del globo.

La *doctrina Truman*, enunciada en marzo de 1946 ante el peligro que representaba la presión soviética sobre Grecia y Turquía, puso de relieve el interés norteamericano en potenciar la recuperación económica de Europa. Países de la importancia de Francia, Italia o Austria podían caer en la esfera de influencia rusa de persistir las condiciones de miseria y estancamiento económico, que otorgaban un creciente protagonismo a sus partidos comunistas.

Para George Kennan era evidente que *los dirigentes rusos estaban políticamente interesados en que las economías de los países de la Europa occidental fracasasen bajo cualquier liderazgo que no fuese el comunista*. Fue el propio Kennan, por encargo del secretario de Estado, general Marshall, quien desde una oficina de planificación creada en mayo de 1947 trazó las líneas maestras del *Plan de Reconstrucción Europea* o *Plan Marshall*. El diplomático basó su trabajo en tres puntos.

a) Establecer el principio de que los europeos debían tomar la iniciativa en la preparación de un programa y asumir la responsabilidad central del mismo.

b) La insistencia en que la oferta debía hacerse a toda Europa; si alguien había de dividir el continente europeo serian los rusos con su respuesta, no nosotros con nuestra oferta.

c) El énfasis decisivo puesto en la rehabilitación de la economía alemana y la introducción del concepto de la recuperación alemana como componente vital de la recuperación de Europa en general.

Conforme a los propósitos de Kennan y de Marshall, la ayuda se canalizó a través de una institución europea, la *Organización*

Europea de Cooperación Económica (OECE), creada en París en 1948 y precedente de la actual OCDE. Dos políticos pro-norteamericanos, el laborista británico Ernest Bevin y el democristiano francés Georges Bidault, se encargaron de patrocinar el Plan en una conferencia europea celebrada en París en julio de 1947, a la que se invitó a todos los países del Continente, con excepción de España.

La URSS, que participó en la reunión, se negó a sumarse al *Plan* alegando que se trataba de una *maniobra de ciertas grandes potencias* y que los países que lo aceptasen hipotecarían su independencia. Checoslovaquia y Polonia, que en principio acogieron favorablemente la oferta norteamericana, fueron aconsejadas para que retirasen su adhesión, al igual que las restantes *democracias populares*.

No se puede menospreciar la ayuda prestada por los Estados Unidos a la reconstrucción de la Europa occidental. Entre 1948 y 1952, el *Plan Marshall* aportó casi 13.000 millones de dólares a un total de dieciséis países, de los cuales 9.000 lo fueron a fondo perdido. Gran Bretaña recibió 3.421 millones; Francia, 2.753: Italia y la Alemania occidental se aproximaron a los 1.500 millones y otros países europeos cantidades menores.

Esta ayuda económica no era, desde luego, altruista. Europa tuvo que reconocer la hegemonía de Estados Unidos en el campo militar, sumándose así a la dinámica de la *guerra fría*, alejar del poder a los partidos comunistas, suprimir sus relaciones con la parte oriental del Continente y acomodarse d proceso de *regionalización* que favorecían los norteamericanos en todas partes.

Aunque ya existían desde hacía tiempo tendencias federalistas en Europa, la política estadounidense las estimuló indirectamente. Al amparo del esfuerzo común de reconstrucción propiciado por el *Plan Marshall*, la *Unión Europea de Federalistas*, la *Liga Europea de Cooperación Económica* y otras entidades privadas invitaron a los Gobiernos a coordinar sus políticas económicas.

En noviembre de 1947 se firmó el Protocolo de la Unión Económica de Bélgica, Holanda y Luxemburgo (BENELUX), que abría paso al proceso de integración económica de los países europeos. La *declaración Schumann*, de abril de 1950, dio vida a la *Comunidad Europea del Carbón y del Acero* (CECA) y, ya en 1958, los Tratados de Roma prepararon el camino a la *Comunidad Económica Europea*, llamada en su primera etapa Mercado Común Europeo.

En el terreno político, un primer paso fue la constitución del *Consejo de Europa*, que incluía en principio a diez países y que abrió sus sesiones en mayo de 1949. Por lo que respecta al terreno militar, la primera alianza europea de la posguerra era aún heredera de la Guerra Mundial: fue el pacto franco-británico de Dunkerque, de marzo de 1947, contra un futuro rearme de Alemania. Pero la lógica de la *guerra fría* se abría paso ya por el Continente y, un año después, el 17 de marzo de 1948, los países del BENELUX, Francia y Gran Bretaña creaban, por el *Tratado de Bruselas*, una organización militar destinada a la protección mutua de los Estados signatarios ante cualquier amenaza procedente de Alemania o de la Europa oriental. Con la creación de la OTAN y la formalización del proyecto de la *Comunidad Europea de Defensa*, que contemplaban la integración militar de Alemania en el marco europeo, el Tratado de Bruselas perdió gran parte de su importancia.

Los orígenes de la *Organización del Tratado del Atlántico Norte* se remontan a la *doctrina Truman* y a la *resolución Vandenberg*, aprobada por el Senado norteamericano el 2 de junio de 1948 y en virtud de la cual los Estados Unidos se comprometían a favorecer acuerdos *regionales* de índole colectiva *para la defensa propia, individual y colectiva*. Convenientemente vinculadas al *Plan Marshall*, las iniciativas de Truman y de Vandenberg ejercieron un atractivo irresistible sobre los Gobiernos de la Europa occidental, atractivo incrementado por la alarma que sembraron en las capitales europeas las maniobras rusas de bloqueo de Berlín y el papel jugado por los comunistas checos en el *golpe de Praga*.

Truman saluda al nuevo secretario de Estado, Marshall, en presencia de J. Byrnes, su predecesor.

Las negociaciones de los norteamericanos con los europeos —a las que se agregó Canadá— culminaron con la firma del *Tratado de Washington*, de 4 de abril de 1949, y con la creación de una organización permanente de defensa, la OTAN, en la que se integraron los cinco miembros del Tratado de Bruselas, Portugal, Italia, Islandia, Noruega, Dinamarca, Estados Unidos y Canadá. Grecia y Turquía se adhirieron en 1952, y en 1955 se admitió a la República Federal 'Alemana.

De acuerdo con su carácter regional, el Tratado limitaba su ámbito de actuación a Europa y América del Norte y comprometía a sus miembros en una *defensa integrada* en caso de un ataque armado contra uno o varios de ellos Pese a esta restricción, la OTAN contó pronto con una organización muy compleja, que incluía un Consejo de Ministros de Defensa, un *Comité de Planificación*, una *Secretaría*, diversas secciones de planificación y estudio y una gran variedad de mandos militares de zona, terrestres, marítimos y aéreos.

Pero los europeos no renunciaban a crear su propio sistema de seguridad y de control de armamentos. En 1950 el jefe del Gobierno francés, René Pleven, lanzó un plan para constituir una *Comunidad Europea de Defensa* (CED), integrada en la superestructura de la OTAN y que colocaría bajo una dirección común al nuevo Ejército de la RFA.

El proyecto de la CED —que mostraba los recelos franceses ante la recuperación militar de su vecino— fue acogido con frialdad en Estados Unidos y provocó una violenta reacción de los partidos comunistas europeos y de los gaullistas franceses, resueltos estos últimos a vetar la formación del Ejército germano-occidental. El Tratado se firmó el 27 de mayo de 1952, pero la negativa de la Asamblea Nacional gala a ratificarlo dos años más tarde impidió que la CED cobrase vida,

Próximo y Medio Oriente

La región comprendida entre el Nito y el Indo poseía a mediados de los años cuarenta un valor estratégico que el tiempo no ha hecho sino acrecentar. Su proyección geográfica sobre el Mediterráneo oriental y sobre el Asia central, zonas de continua fricción durante la *guerra fría*, las enormes reservas de petróleo acumuladas en el área —un 63 por 100 del total mundial a finales de los años cincuenta— y la creciente importancia del Canal de Suez y del Golfo Pérsico como nudos de comunicaciones marítimas, conferían al Próximo Oriente un destacado lugar en los planes estratégicos de los dos bloques.

Al concluir la Segunda Guerra Mundial, el creciente despertar del panarabismo en la región hacía retroceder al viejo imperialismo europeo mientras la URSS se disponía a jugar la carta del nacionalismo para ganar partidarios. Los norteamericanos respetaron el papel tutelar de franceses y británicos sobre los conservadores regímenes árabes hasta que, tras la definición de la *doctrina Eisenhower*, en 1957, se decidieron a aplicar directamente una política de *contención* en el Próximo Oriente. Para entonces, los soviéticos disponían ya de tres importantes peones en la zona.

En Siria, cuya independencia había sido reconocida por Francia en 1944, las divisiones étnicas y religiosas y la carencia de unas estructuras políticas previas provocaron una continua inestabilidad. Al contrario que Líbano, Siria se despegó muy pronto de la influencia francesa y, bajo el régimen dictatorial del coronel Shishakly, se enfrentó a los reinos pro-británicos de Iraq y Jordania.

La revolución nasserista en Egipto animó aún más, si cabe, el antioccidentalismo de Damasco y, tras la crisis de Suez, ambos países se fundieron en la República Arabe Unida (1958), fusión que sólo se mantuvo tres años. La subida al poder del partido nacionalista de izquierda *Baath*, en 1963, alineó definitivamente a Siria junto a la Unión Soviética, de quien recibía ayuda militar y técnica desde 1956.

Otro país que escapó pronto a la influencia europea fue Egipto. Formalmente independiente desde 1922, un tratado firmado en 1936 otorgó a los ingleses el control del Canal de Suez durante veinte años. El régimen despótico del rey Faruk y su sumisión a los intereses británicos provocaron un movimiento militar de orientación nacionalista que proclamó la república en 1953. La subida al poder un año después de Gamal Abdel Nasser supuso la paulatina ruptura de relaciones con los occidentales, que culminó en la crisis de Suez de 1956. A partir de entonces, Egipto —unido a la prosoviética Siria entre 1958 y 1961— estrechó sus lazos con el bloque socialista, del que recibía armas, consejeros y ayuda técnica. El *nasserisino*, ideología panarabista y revolucionaria, se había convertido ya en una pesadilla para los Gobiernos pro-occidentales de la región

La de Iraq fue, quizá, la defección más dolorosa para Occidente. Gobernado, al igual que Jordania, por la dinastía hachemita, era uno de los más firmes aliados del Reino Unido, que controlaba sus riquisimos yacimientos petrolíferos. En 1958, un golpe de Estado encabezado por el general Abdul Karim Kassem terminó con la vida del rey Faisal II y dio paso a la República. La dictadura de Kassem, considerado, no sin razón, un peón soviético por Occidente, fue breve: cayó víctima de otro golpe, pro-nasserista, en 1963. Su sucesor, el coronel Aref, relajó los lazos de dependencia con la Union Soviética, pero mantuvo estrechos vínculos con los regímenes de Siria y Egipto.

Aunque el establecimiento de Gobiernos nacionalistas en estos tres países perjudicó notablemente los intereses occidentales en la zona, la inmensa mayoría de los Estados del Próximo Oriente permanecieron alineados con el oeste a lo largo de todo el período de la *guerra fría*.

El establecimiento de un sistema *regional* de seguridad fue iniciativa de los Estados Unidos, pero su dirección la asumió, en un principio, Gran Bretaña, potencia que aún atendía a su papel de *gendarme* en la zona. En febrero de 1955, y a invitación del entonces secretario de Estado norteamericano, John F. Dulles,

Turquía e Iraq suscribieron el *Pacto de Bagdad*, estableciendo una organización defensiva, a la que pronto se sumaron Gran Bretaña, Irán y Pakistán

Este sistema, de vital importancia por cuanto amenazaba a la URSS en sus fronteras meridionales y garantizaba el control occidental de los yacimientos petrolíferos de la región, enlazaba con la OTAN y la OTSEA a través de Turquía y Pakistán. Lo completaban los acuerdos defensivos firmados por Gran Bretaña con Jordania y los Emiratos de la península Arábiga.

El golpe de Estado de Kassem supuso la retirada de Iraq del Pacto e introdujo un peligroso factor de inestabilidad en el Próximo Oriente. Un Iraq aliado a la URSS o a Egipto no sólo rompía la continuidad del sistema de alianzas, sino que introducía una peligrosa cuña en una zona vital para la economía y la defensa de Estados Unidos y de Europa. El secretario de Estado Dulles decidió entonces la intervención directa de su país. El Pacto se transformó en la *Organización del Tratado Central* —conocida por sus siglas inglesas, CENTO— y los norteamericanos, que en virtud de su apoyo a Israel no gozaban de muchas simpatías entre los países de la zona, se limitaron a apoyarla mediante la firma de acuerdos bilaterales de defensa con Turquía, Irán y Pakistán, conforme a los principios de la *doctrina Eisenhower*.

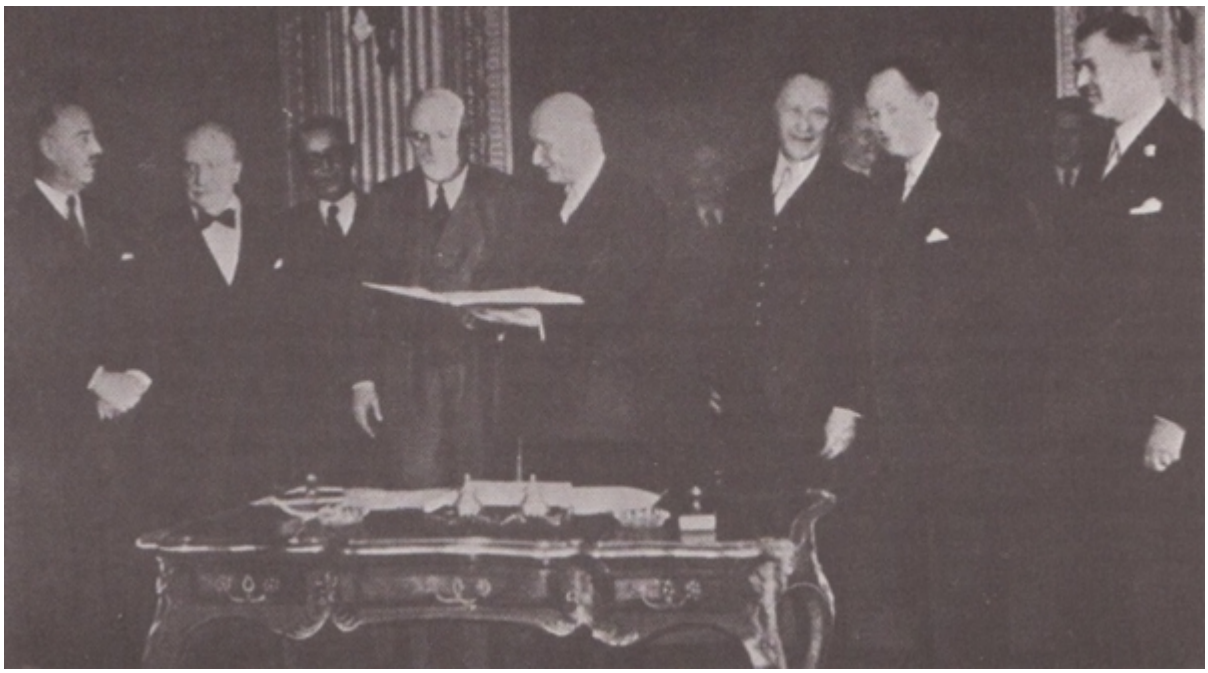
Al contrario que la OTAN, la CENTO no disponía de una organización militar permanente, aunque poseía un Estado Mayor conjunto —cuya dirección asumió a partir de 1961 un militar norteamericano— y de una serie de *Juntas*: Económica, Militar y Anti-subversiva. En Ankara tenía su sede el *Consejo de Ministros* de la Organización.

Al margen de su inclusión como observador en el CENTO Estados Unidos completó sus acuerdos regionales de defensa mediante pactos con Israel —julio de 1952— y con Egipto —abril de ese año—, aunque este último quedó virtualmente en suspenso tras la llegada de Nasser al poder Hasta 1962, los norteamericanos dispusieron de la base aérea de Dharhan, en Arabia Saudita.

Asia oriental

La conquista japonesa alteró profundamente la vida de esta región. A su amparo se potenciaron los movimientos anticolonialistas y aparecieron Gobiernos nacionalistas en las Indias Holandesas, en las Filipinas y en Birmania. El regreso de los europeos, una vez concluida la guerra, provocó fuertes resistencias en casi todas partes, y en Vietnam y en Java obligó al uso de la fuerza.

Un importante sector de los movimientos nacionalistas estaba influido por el comunismo. La crítica al orden colonial, la exaltación de la lucha popular y la resistencia que las potencias coloniales oponían a los nacionalistas eran elementos utilizables por la Unión Soviética para minar el poder mundial del bloque norteamericano. A partir de 1945, y, sobre todo, tras el triunfo de la Revolución en China, la guerrilla comunista se convirtió en una constante en la vida del sureste asiático.



Acto de constitución de la CECA en abril de 1951.

El proceso descolonizador fue traumático en la mayor parte de los países de la zona, en especial en la Indochina francesa, donde se libraría una verdadera guerra entre 1946 y 1954. Estados Unidos, en 1946: Gran Bretaña, a partir de 1948: Holanda, en 1949, y Francia, en 1954, tuvieron que otorgar la independencia a sus colonias y protectorados. Aunque la presión comunista se acentuó en la región a partir de los levantamientos de 1947-48, sólo uno de los nuevos Estados, Vietnam del Norte, se alineó con el bloque socialista. En los restantes, las viejas oligarquías o las nuevas élites nacionalistas mantuvieron firmes lazos con las antiguas metrópolis o, todo lo más, evolucionaron hacia posiciones de *no alineamiento*, que encontraron un camino de franca expansión en la Conferencia de Bandung (Indonesia), en 1955.

La guerra civil china (1945-49) constituyó el primer conflicto de dominación entre las dos *superpotencias* en el Asia oriental. Aunque esta contienda, en la que los norteamericanos se volcaron inútilmente en ayuda del Kuomintang, no debería ser considerada, en propiedad, como un episodio típico de la *guerra fría*, constituyó la primera derrota de la estrategia norteamericana de la posguerra. Fue un hecho de incalculables consecuencias para los pueblos de Asia y abrió una nueva era en la política internacional de Estados Unidos.

A los ojos del mundo, la Unión Soviética apareció como la gran triunfadora de la guerra. Pese a que Stalin había mantenido su alianza con Chiang Kai-chek hasta el último momento y había negado cualquier ayuda a sus correligionarios, éstos hicieron pública profesión de acatamiento al liderazgo soviético y se situaron abiertamente en el campo socialista. El tradicional equilibrio de poderes experimentó desde entonces una transformación en el Lejano Oriente.

Convencidos de que los rusos intentarían agrandar la brecha abierta en China al bloque occidental, los norteamericanos comenzaron a adquirir compromisos militares en Extremo Oriente apenas iniciada la guerra de Corea y cuando el proceso

descolonizador aún no se había cerrado. En abril de 1951 firmaron con Filipinas un acuerdo de defensa mutua que revalorizaba las importantes bases militares que Washington mantenía en el archipiélago. En septiembre de ese mismo año se concertó en San Francisco (California) un pacto tripartito entre Australia, Nueva Zelanda y Estados Unidos (ANZUS), que incluía en su radio de acción a casi todo el Pacífico meridional.

Tras el armisticio de Corea, las gestiones para el establecimiento de un sistema regional de defensa se aceleraron, animadas también por el desastre francés en Indochina. En octubre de 1953, el Gobierno de Corea del Sur se vinculó a sus protectores estadounideses mediante un pacto bilateral. Un año después, en diciembre de 1954, se firmó el *Tratado de Manila*, por el que se creaba la Organización del *Tratado del Sudeste Asiático* (OTSEA), en la que se integraron Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Australia, Nueva Zelanda, Pakistán, Filipinas y Tailandia. El Pentágono completó el *cordón sanitario* en la zona mediante pactos bilaterales con la China nacionalista —diciembre de 1954—, con Japón —con quien ya había firmado un primer acuerdo de defensa en 1951— en enero de 1960 y con Vietnam del Sur al año siguiente.

La OTSEA, que incluía en su ámbito regional y en sus garantías defensivas a Camboya, Laos y Vietnam del Sur, países no signatarios del Pacto, carecía de organización militar, aunque comprometía a cada una de las partes a acudir en socorro de las demás. Su creador, Dulles, basó el sistema en la capacidad norteamericana de *ejercer la disuasión (por) nuestro poder móvil para asestar un golpe* y en el común propósito de los firmantes de luchar contra la *subversión comunista* en el interior de sus territorios.

La alianza disponía de un *Cuerpo de Consejeros Militares*, que asesoraba a los Ejércitos miembros: de un reducido *Estado Mayor* permanente y contaba con un presupuesto para la lucha antisubversiva. Pero su auténtica fuerza residía en el cinturón de bases angloamericanas que, desde Singapur a Japón, bordeaban

todo el flanco sur del bloque socialista, y en la presencia de la VII Flota estadounidense, con base en Manila.

El bloque socialista

La URSS salió enormemente engrandecida de la Guerra Mundial. Anexionó a su territorio 684.000 kilómetros cuadrados, con más de 24 millones de habitantes. Sus tropas ocupaban total o parcialmente diez países, incluidas zonas de Alemania y Austria y la provincia china de Manchuria. Pero casi cinco años de guerra la habían arruinado económicamente. Stalin sabía que no debía hipotecar el futuro de la nueva potencia mundial aceptando ayuda occidental. En consecuencia, los dirigentes soviéticos iniciaron un proceso que tendía a hacer de su zona de ocupación europea una única región integrada, tanto política como militar y económicamente, a modo de *glacis* protector contra los inevitables envites del convulso capitalismo de la posguerra.

A lo largo de tres años, los países de la Europa oriental fueron acomodando sus estructuras a las nuevas condiciones de las *democracias populares*. Tras un período de pluralismo político en el que se realizaron elecciones parlamentarias más o menos libres, se procedió a eliminar a la oposición y a institucionalizar el control de los partidos comunistas sobre sus aliados frentepopulistas. Estos cambios políticos iban acompañados de la nacionalización de los principales recursos económicos y de la elaboración de los primeros planes a corto plazo,

Los rusos basaron su sistema de dominación en la permanencia del Ejército Rojo más allá de sus fronteras, desde Porkkala, en Finlandia, hasta las proximidades del Egeo, y en la explotación económica de sus aliados-satélites, tanto mediante el desmantelamiento de fábricas y su traslado a territorio soviético —caso de la Alemania oriental— como a través de la creación de sociedades mixtas que permitían a los soviéticos, a cambio de créditos, obtener sustanciosos beneficios de la recuperación económica de sus vecinos. Esta explotación no se realizaba, sin embargo, bajo una coordinación de bloque y sus planteamientos y resultados variaban mucho de un país a otro.

La oferta del *Plan Marshall* cogió desprevenidos a los rusos, que tuvieron un momento de vacilación. Polonia y Checoslovaquia se apresuraron entonces a adelantar su adhesión, que tuvieron que retirar cuando Molotov, a su vuelta de la Conferencia de París, denunció el *Plan Marshall* como una maquinación imperialista de los Estados Unidos.

No obstante, el rechazo de la ayuda norteamericana dejaba al bloque socialista en una situación muy difícil. Imposibilitados por idénticas razones para restaurar las relaciones económicas con Europa occidental, los dirigentes soviéticos se vieron en el compromiso de acelerar el proceso de integración de sus aliados-satélites para organizar un sistema lo más autárquico posible.

Fue el propio Molotov quien lanzó el plan que lleva su nombre y que establecía las bases para un organismo de cooperación económica en la Europa oriental. El proceso de integración se realizó en dos fases. En 1947-48 las democracias populares concertaron acuerdos comerciales y tratados de amistad y cooperación entre sí y con la Unión Soviética. Luego, en enero de 1949, se creó en Moscú el *Consejo de Ayuda Mutua Económica*, CAME, también conocido por sus siglas inglesas, COMECON, o rusas, SEV.

Lo integraban la URSS, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía y Bulgaria. Posteriormente ingresaron Albania, la

República Democrática Alemana, Mongolia, Cuba y Vietnam. El Consejo, que sólo alcanzó un grado aceptable de actividad a partir de 1954, se convirtió en un organismo de coordinación de las políticas de sus Estados miembros a través de la elaboración de planes quinquenales, el establecimiento de acuerdos de *clearing* y la creación de entidades autónomas como el Banco Internacional de Cooperación Económica, fundado en 1965. Aun así, el CAME no estableció un sistema de desarme arancelario como el de la CEE.

La alianza militar se hizo esperar aún seis años. Moscú se contentaba con mantener tropas estacionadas en el territorio de sus aliados-satélites de acuerdo con los tratados de paz de 1947 y de los posteriores acuerdos de cooperación. Los diferentes Ejércitos nacionales de las *democracias populares* sumaban casi millón y medio de hombres, pero carecían de una coordinación general y no ofrecían garantías a los militares soviéticos en caso de un conflicto continental.

La entrada de la República Federal Alemana en la OTAN varió la situación, por cuanto el bloque occidental establecía por primera vez contacto fronterizo con los países socialistas en Centroeuropa. De la convocatoria de la Conferencia de Varsovia, en mayo de 1955, salió el Tratado multilateral que daba vida a la *Organización del Pacto de Varsovia*, integrada por la URSS y sus siete aliados-satélites europeos.

El Pacto estipulaba la mutua ayuda entre sus miembros *en caso de una agresión armada en Europa* y las consultas sobre *todos los asuntos internacionales de importancia que afecten a sus intereses comunes.* La Organización se estructuraba a partir de un *Comando Militar Conjunto* y un *Comité Consultivo Político*.

El Pacto de Varsovia fue inoperante en sus primeros años. La prioridad del rearme soviético y los sucesos de 1956 en Polonia y Hungría retrasaron el proceso de integración de la alianza, que sólo a finales de los años sesenta comenzó a contar con un sistema orgánico adecuado: Comité permanente de ministros de Defensa, *Comité Técnico, Consejo Militar*, etcétera. Aun así, desempeñó un

importante papel en la política soviética de disuasión durante los últimos años de la *guerra fría*.

Al contrario que en Europa oriental, la política soviética en Asia durante este período fue muy vacilante, aunque eventualmente obtuvo importantes éxitos en su confrontación con Estados Unidos.

Ligada al Kuomintang por una alianza, la URSS apenas colaboró con los comunistas durante la guerra civil china y siguió reconociendo al régimen de Chiang-kai-chek hasta el último momento. Sólo el 2 de octubre de 1949 se decidió el Kremlin a romper con los nacionalistas y a reconocer a la República Popular China. En febrero de 1950 se firmó en Moscú un *Tratado de amistad, alianza y asistencia mutua* entre los dos países, al que siguieron otros sobre cuestiones concretas en Manchuria y Port Arthur. Desde entonces las relaciones chino-soviéticas se vieron envueltas en la contradicción que suponía la identidad entre los partidos gobernantes y la disparidad de intereses de los Estados. Con el inicio de la desestalinización, en 1956, se abrió un proceso de deterioro de las relaciones que culminó tres años después con la ruptura entre Pekín y Moscú.

Tanto en el Próximo Oriente como en el Asia central y sudoriental, los soviéticos practicaron durante los años cincuenta una política extremadamente prudente. Tras el fracaso de los levantamientos guerrilleros de los últimos años de la década anterior y el patinazo que supuso la crisis de Irán, el Kremlin sólo se comprometió en las guerras de Corea a Indochina y aún así se limitó al envío de armamento y a estimular el apoyo más activo de los chinos. Habría que esperar hasta 1961, cuando la coexistencia pacífica comenzaba a ser una realidad, para que la Unión Soviética se decidiera a firmar un tratado de alianza militar con Corea del Norte.

Las primeras crisis

Aunque el comienzo de la *guerra fría* puede situarse en 1947, momento en que los dos bloques aceptaron la inevitabilidad de la política de contención, ya desde el año anterior se venían produciendo tensiones internacionales que respondían a las características de la nueva época.

El primer enfrentamiento serio entre occidentales y soviéticos se produjo a comienzos de 1946 en Irán. Fue como un aldabonazo, porque aún persistía el espíritu de cooperación entre los aliados de ayer y ni siquiera se había reunido la Conferencia de la Paz, que debía liquidar definitivamente la Segunda Guerra Mundial.

El detonante de la crisis iraní fue el petróleo. Rusos y británicos habían ocupado el país en 1941, aunque se comprometieron a retirar sus tropas seis meses después de que terminara la contienda. Al amparo de la ocupación soviética, el Partido Comunista persa, *Tudeh*, fue ganando posiciones, especialmente en la región fronteriza de Azerbaiján. La firma de un acuerdo entre la compañía británica *Anglo-Iranian Oil* y la norteamericana *Standard Oil* en 1944, para repartirse el crudo iraní, movió a Stalin a exigir a Teherán la creación de una empresa mixta irano-soviética para explotar los yacimientos del norte del país.

Mediante la firma de un acuerdo de amistad y cooperación, Finlandia se colocó temporalmente en el área soviética.

Las presiones occidentales llevaron al Parlamento iraní a rechazar la propuesta, y ello desencadenó la primera crisis de la posguerra. En febrero de 1945 apareció un partido nacionalista azerbaijano que, tras fusionarse con el *Tudeh* de la región, proclamó una república autónoma en el mes de noviembre. En la rica zona petrolífera del Kurdistán, los independentistas, a las órdenes de Mullah Barzani, se rebelaron también contra el Gobierno central.

Impotente, el Gobierno de Teherán llevó el asunto al Consejo de Seguridad de la ONU, que se limitó a recomendar a las partes que iniciasen conversaciones directas. Entabladas las negociaciones, Stalin exigió la entrega de las concesiones petrolíferas a la URSS, el reconocimiento de la autonomía del Azerbaiján y el mantenimiento en Irán del Ejército Rojo, que, según lo convenido en 1942, debía abandonar el país el 2 de marzo de 1946.

Los occidentales se inquietaron. El control del Azerbaiján brindaba a los rusos la posibilidad de intervenir en el Próximo Oriente. El apoyo a los nacionalistas kurdos suponía un peligro para Iraq, Turquía y Siria, que contaban con importantes minorías de esa etnia. Además, las compañías norteamericanas ambicionaban parte de las concesiones petrolíferas que exigían los soviéticos.

A comienzos de marzo de 1946, el secretario de Estado norteamericano, James Byrnes, exigió a Molotov la retirada de sus tropas de Irán. Los soviéticos no sólo no se dieron por aludidos, sino que el día 20 los kurdos proclamaron una República Popular.

Era la primera alarma de la posguerra. Pese a los consejos de Kennan en el sentido de que Washington ejerciera una política de fuerza, Byrnes prefirió llevar el asunto al Consejo de Seguridad. Ante la amenaza de una condena internacional, los rusos parecieron ceder y anunciaron la retirada de sus tropas a cambio del cumplimiento de sus otras dos condiciones. El primer ministro iraní, Ghavan-el-Sultaneh, cedió a la vez y, tras firmar un tratado con Moscú, admitió a tres ministros comunistas en su Gobierno. En abril los rusos abandonaron el país seguros de su victoria.

Era más de lo que los británicos podían tolerar. Durante el verano de 1946 propiciaron levantamientos antigubernamentales en el sur, lo que permitió a Londres denunciar la incapacidad del Gobierno y amenazar con llevar a la zona sus tropas acantonadas en Iraq. Los norteamericanos, por su parte, presionaban al Gobierno iraní. Sultaneh tenía que escoger, y lo hizo, a favor de los anglo-americanos. Expulsó al *Tudeh* del Gobierno y envió al Ejército contra los autonomistas azerbaijanos y los kurdos. Los rusos, que no estaban preparados para un enfrentamiento abierto con Estados Unidos, cedieron y abandonaron sus reivindicaciones sobre Irán. En la primera batalla de la *guerra fría*, el bloque occidental se había apuntado un importante tanto.

La segunda maniobra de contención también se saldó con un importante triunfo anglo-americano.

Grecia había salido de la Guerra Mundial envuelta en el fantasma de la guerra civil. Tras la ocupación de Atenas por los británicos, su comandante, el general Scobie, ordenó la disolución de los diversos movimientos guerrilleros que habían combatido a los alemanes. La orden no fue atendida por el comunista *Frente Nacional de Liberación* (EAM), cuyo brazo armado era el *Ejército Nacional Popular de Liberación* (ELAS). En diciembre de 1944

estallaron graves desórdenes y los combatientes del ELAS se hicieron con el control de gran parte del país. Sólo la intervención personal de Churchill, que viajó a Atenas, y el envío masivo de tropas británicas permitió al regente Damaskinos y al jefe del Gobierno, Papandreu, negociar una tregua con los comunistas, que condujo a la firma del *pacto de Varkiza* en febrero de 1945. A cambio del cese de las hostilidades, Damaskinos se comprometió a otorgar una amnistía y a realizar varias reformas democráticas. Aun así, miles de guerrilleros se refugiaron en Albania, Yugoslavia y Bulgaria.

Desde mediados de 1945, la política griega entró en una fase convulsiva, al tiempo que una espantosa miseria se apoderaba del país. Tras unas elecciones controladas por los aliados, a las que los rusos se negaron a enviar observadores, el monárquico Tsaldaris formó Gobierno y facilitó, mediante convocatoria de un referéndum, la vuelta de Jorge II. Para entonces, sin embargo, la guerra civil se había reanudado con mayor virulencia.

Los comunistas griegos, que habían preparado un levantamiento general en el curso de una conferencia con militares búlgaros y yugoslavos en la localidad fronteriza de PetriC (Bulgaria), en diciembre de 1945, se alzaron en mayo de 1946 en las zonas montañosas de Macedonia y Epiro y extendieron su actuación al Peloponeso a finales de año. Aprovisionados desde los países vecinos, expertos en guerra de guerrillas y apoyados por amplios sectores del campesinado, los comunistas —cuyas unidades integraban ahora el *Ejército Democrático Griego* (EDES)— constituyeron pronto un adversario imbatible para el débil Ejército real.

Los analistas de Londres y Washington concedían gran importancia al asunto griego. Si el país se convertía en una *democracia popular*, peligraría la hegemonía británica en el Mediterráneo oriental y Turquía se encontraría en una situación muy comprometida. Para los soviéticos, en cambio, una Grecia alineada en el bando norteamericano representaba un peligro para sus

aspiraciones de controlar los Balcanes y suponía un duro golpe a sus sueños de contar con una salida al Egeo.

En enero de 1947, una misión norteamericana pudo comprobar lo grave de la situación. El Gobierno, rechazado por buena parte de la población, encontraba graves dificultades para detener la inflación y reconstruir el país. Los comunistas, sólidamente establecidos en las comarcas montañosas, resistían con éxito los ataques del Ejército regular. Los británicos, tradicionales protectores de la

monarquía helénica, estaban a punto de tirar la toalla, incapaces de hacer frente a los gastos de la guerra y pedían a los norteamericanos que les sustituyesen.

Alarmado por el informe de la misión, Truman decidió tomar el relevo de los británicos, ayudando a Grecia y Turquía —que se veía presionada por los soviéticos para que abriese los estrechos a sus buques de guerra— con dinero, armas y consejeros militares. El planteamiento de la *doctrina Truman* supuso un balón de oxígeno para el Gobierno de Atenas, pero no mejoró, por el momento, su situación militar. A finales de 1947, el EDES sitió la ciudad de Konitsa con el propósito de convertirla en su capital. No lo consiguió, pero su jefe, el general Markos Vaphiadis, proclamó un Gobierno provisional en el norte del país. En los meses sucesivos, los guerrilleros extendieron sus operaciones a toda la península y llegaron hasta las proximidades de Aterías. La política represiva del ministro del Interior, Napoleón Zervas, no hacía sino incrementar el número de partidarios de la causa comunista. En la ONU el tema se estancaba en inútiles discusiones, pese a los esfuerzos mediadores de su secretario general, Trygve Líe.

Sólo la masiva ayuda económica —Grecia había sido incluida en el *Plan Marshall*— y militar de los Estados Unidos y la ruptura entre Tito y Stalin, en 1948, permitieron el triunfo monárquico. El general Alexander Papagos, nombrado comandante de las fuerzas reales en enero de 1949, emprendió una enérgica ofensiva en Macedonia y Epiro a partir de abril. Los comunistas griegos se encontraban divididos por el cisma titista. Markos había sido sustituido por un jefe mucho menos capaz, su rival, el secretario del Partido Comunista Nikos Zacariadis. En el mes de julio, Yugoslavia cerró su frontera con Grecia y los guerrilleros dejaron de recibir suministros. En octubre, los núcleos que aún resistían anunciaron el cese temporal de las hostilidades y se abrieron paso hacia Albania y Bulgaria.

La aventura griega le costó cara a Stalin. Uno de los partidos comunistas más fuertes de Europa quedó deshecho. Grecia se alineó definitivamente junto a Estados Unidos y poco después

ingresó en la OTAN. Los norteamericanos, alertados sobre los peligros del expansionismo soviético, adoptaron definitivamente la doctrina de la *contención* y se aprestaron a suceder a franceses y a británicos, donde éstos fueran incapaces de luchar contra los comunistas.

El problema alemán

Tras su capitulación en abril de 1945, Alemania había sido dividida en cuatro zonas de ocupación militar por sus vencedores. Las regiones orientales, casi un 30 por 100 del territorio nacional, fueron repartidas entre polacos y rusos. Las autoridades civiles fueron sustituidas por un *Consejo Aliado de Control* integrado por los comandantes militares de las zonas de ocupación.

Tan sólo la administración local mantuvo su funcionamiento, aunque sometida al proceso de desnazificación y bajo la supervisión de los ocupantes.

Los acuerdos de Potsdam, base de las relaciones interaliadas, preveían la reconstrucción a medio plazo del Estado alemán bajo un régimen democrático. Pero pronto estuvo claro que el concepto de democracia era muy distinto, según lo aplicasen los soviéticos o los angloamericanos. Además, el Gobierno francés, que se había asegurado una zona de ocupación, opuso fuerte resistencia a la reconstrucción de una Alemania que había invadido Francia dos veces en treinta años.

Entre 1945 y 1949, en distintos grados, estadounidenses, franceses y británicos fueron creando en sus zonas el esqueleto de un sistema federal con base en unos *Länder*, dotados de Gobiernos y Parlamentos propios. Los soviéticos se acomodaron también a las primeras fases de este proceso. A comienzos de 1946 crearon cinco divisiones regionales, a las que entregaron algunas competencias administrativas, y celebraron elecciones municipales, a las que concurrieron diversos partidos. En octubre de ese año convocaron comicios para elegir asambleas regionales.

A partir de aquí, el proceso político en la zona soviética transcurrió por cauces distintos que en las occidentales. A finales de 1947 el Partido Socialista Unificado (SED), actuando ya como partido oficialista, impulsó la creación del *Movimiento del Congreso del Pueblo Alemán*, cuyo lema era *por la unidad y por una paz justa*.

La iniciativa, que contaba con el respaldo ruso, no halló eco en los *Länder* occidentales y fue boicoteada por la oposición interior. En junio de 1948, el *Consejo Popular Alemán*, órgano directivo del Movimiento, convocó un referéndum para la reunificación que no despertó ninguna respuesta en las otras tres zonas de ocupación militar.

Los aliados occidentales, en efecto, proseguían dando pasos hacia la creación de un Estado germano-occidental en el que los rusos no pudiesen aplicar sus tácticas frentepopulistas. En 1947, británicos y norteamericanos, con la cerrada oposición de franceses y soviéticos, integraron los sistemas económicos de sus zonas en una *bizona*, a cuyo frente establecieron un Consejo Económico, con sede en Francfort, que se transformó en el *Consejo de los Länder*, auténtico Parlamento que agrupaba a los representantes de los partidos de la *bizona*.

A partir de ese año, el espíritu de la *guerra fría* introdujo un elemento de abierta confrontación en el espinoso problema alemán. El 23 de febrero de 1948 se reunió en Londres la *Conferencia de las seis potencias* —Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos y los tres países del Benelux— que se mostraron favorables a la creación de un Estado federal alemán. Los rusos respondieron abandonando el *Consejo Aliado de Control*, haciendo desaparecer así uno de los últimos organismos comunes a las cuatro zonas alemanas. El 2 de junio, la *Conferencia* de los seis concluyó sus sesiones con un comunicado en el que se recomendaba autorizar e los primeros ministros de los *Länder* del oeste de Alemania para convocar una Asamblea Constituyente. Es decir, que los aliados occidentales preconizaban la creación de una República federal separada de la zona rusa.

Moscú protestó airadamente ante lo que consideraba una violación de los acuerdos de Potsdam. El día 20, las autoridades de ocupación de las tres zonas occidentales dieron un nuevo paso al establecer un sistema monetario común y distinto al de la zona

oriental, que veía así gravemente perjudicada su situación económica.

Las protestas rusas subieron de tono, sobre todo cuando se supo que la reforma afectaba también a la zona occidental de Berlín, ciudad sometida a un estatuto de ocupación conjunta.

El 24 de junio, al tiempo que se establecía el nuevo marco como unidad monetaria del oeste, los soviéticos, alegando dificultades técnicas, cerraron los accesos por ferrocarril y carretera que unían a la antigua capital con la Alemania occidental. Siguieron unos días de intenso dramatismo, en los que políticos y militares de varios países se preguntaban si valía la pena iniciar una guerra mundial por Berlín.

Finalmente, norteamericanos y británicos decidieron responder al reto. El 26 de junio se estableció un puente aéreo que, aunque no solucionó todos los problemas de abastecimiento de la población, burló el bloqueo y permitió a los berlineses occidentales resistir más de un año. Desde la apertura del puente hasta su clausura, el 6 de octubre de 1949 se realizaron 277.728 vuelos, que transportaron más de dos millones de toneladas de alimentos, medicinas y carbón.

La crisis de Berlín marcó la definitiva ruptura de la unidad alemana. Los occidentales mantuvieron su reforma monetaria y denunciaron el bloqueo como un gesto hostil de los soviéticos, contrario al espíritu cuatripartito. Para el bloque socialista, la actitud de los norteamericanos y sus aliados-satélites representó una amenaza real de guerra y, en palabras del historiador germano-oriental H. Heitzer, *obedecía al propósito de distraer al público de las medidas que se tomaron para formar el Estado germano-occidental*. A partir de la crisis, cada parte jugó abiertamente sus bazas y el proceso constituyente se aceleró en ambas Alemanias.

Almacén de víveres con destino a la población berlinesa durante el cerco de 1948.

Los soviéticos, que habían encajado una humillante derrota, establecieron un Ayuntamiento separado en Berlín-Este en noviembre de 1948. Un año después se celebraron nuevas elecciones para el Congreso del Pueblo Alemán, a las que concurrieron listas únicas controladas por el SED. El 7 de octubre de 1949, el *Consejo Popular*, designado por el Congreso, se convertía en la *Cámara Provisional del Pueblo de la República Democrática Alemana* y procedía a investir al Gobierno provisional dirigido por el líder del SED, Otto Grotewohl. El día 10, el comandante militar soviético, mariscal Chuikov, entregó las funciones administrativas a las autoridades del nuevo Estado.

En la Alemania occidental el proceso constituyente fue aún más rápido. En septiembre de 1948 se reunió en Bonn el *Consejo Parlamentario*, presidido por el democratacristiano Konrad Adenauer. La Conferencia de Washington, de abril de 1949, estableció un único Estatuto para las tres zonas e hizo desaparecer la autoridad militar en beneficio de Comisionados civiles. Días después, el 8 de mayo, el Consejo Parlamentario aprobó la *Ley*

Fundamental, texto constitucional de la República Federal Alemana. Durante el verano se eligieron las Cámaras del Parlamento Federal y, finalmente, en septiembre, con la elección de Adenauer como canciller federal y de Theodor Heuss como jefe del Estado, concluyó el proceso constituyente en la RFA.

Con la creación de dos Estados independientes no concluyó, sin embargo, el problema alemán. Se atenuaron sus efectos sobre la política internacional al delimitarse claramente el telón de acero en Centroeuropa e ingresar ambos Estados en el sistema de bloques políticos-militares. Pero la frustrada reunificación nacional y el problema de Berlín enturbiaron las relaciones entre las dos *superpotencias*, que los utilizaron como elementos propagandísticos. Pankow y Bonn se negaron durante muchos años a reconocer el derecho a la existencia de un Estado rival. Los occidentales hicieron frecuentes llamadas a una reunificación de Alemania, pero bajo unos supuestos que no podían ser admitidos por los soviéticos. Estos preconizaron desde la Conferencia de Berlín (1954) el reconocimiento de los dos Estados.

Corea

El conflicto coreano comportó por primera vez el riesgo de una confrontación nuclear entre las *superpotencias*. Hasta entonces, las crisis bélicas y diplomáticas habían acarreado una mayor o menor tirantez entre el este y el oeste, pero el peligro de una nueva guerra mundial quedaba lejos. El monopolio atómico de los Estados Unidos, ostentosamente exhibido, garantizaba a Occidente la última palabra en semejante supuesto.

Por eso, cuando en el mes de agosto de 1949 los soviéticos efectuaron con éxito su primer experimento atómico, el mundo alcanzó bruscamente la conciencia de que el holocausto nuclear se había convertido en una posibilidad real. Y no pasaron muchos meses antes de que, en Corea, sonasen por primera vez todas las alarmas.

La península coreana había sido arrebatada a los japoneses por norteamericanos y soviéticos en 1945. El paralelo 38 ejercía como línea de demarcación entre las zonas de ocupación. En teoría, la ocupación debía dar paso a unas elecciones democráticas y a la aparición de un Estado unificado. Pero en la práctica no fue así. En el norte, la creación de un Frente Popular facilitó el dominio a los comunistas, liderados por Kim Il Sung. En el sur, el Gobierno militar estadounidense auspiciaba las actividades de la Asociación para la Independencia de Corea, partido ultraconservador fundado tras la guerra por Sygman Rhee.

Las anunciadas elecciones no se celebraron. Ambas partes desconfiaban de las fuerzas del contrario y ninguno de los ocupantes deseaba un triunfo de los protegidos por su aliado. En agosto de 1948 se proclamó en la zona norteamericana la República de Corea del Sur, con Rhee como presidente. Un mes después, Kim Il Sung se convertía en primer ministro de la República Popular de Corea del Norte Así, el paralelo 38 pasó a ser una nueva frontera de la *guerra fría*.

La retirada de las tropas de ocupación no mejoró las cosas. Las relaciones entre los dos Estados fueron empeorando hasta que, el 25 de junio de 1950, el Ejército norcoreano atravesó la frontera e invadió Corea del Sur. Nunca se han aclarado las razones de este acto. El régimen de Pyonyang, que siempre ha afirmado haber sido él el agredido, actuó quizá alentado por Moscú para forzar la retirada norteamericana del Lejano Oriente, tras su fracaso en China. Posiblemente, la posesión de la bomba atómica por su aliado soviético hizo perder el miedo a los norcoreanos ante una posible intervención directa de Estados Unidos. Sea como fuere, lo cierto es que el avance de los invasores fue fulgurante. El Ejército surcoreano, mal armado y peor dirigido, se desbandó y perdió Seul el día 28.

La noticia de la invasión cayó como una bomba en Washington. Truman decidió enviar a la VII Flota a proteger Taiwan y ordenó a MacArthur que, desde Japón, enviara tropas en auxilio de los surcoreanos. Convocado por el delegado norteamericano, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó una resolución condenando la agresión y otra solicitando a los países miembros el envío de contingentes militares en auxilio de Corea del Sur. La ausencia del delegado soviético, en protesta por la no admisión de Pekin en la organización, le impidió ejercer el derecho de veto sobre las resoluciones.

Los inicios de la actuación de las fuerzas de las Naciones Unidas —colocadas por iniciativa franco-británica bajo la jefatura de MacArthur— fueron desastrosos. A comienzos de agosto sólo disponían de un cuadrilátero de 400 kilómetros de perímetro en torno a Pusán. Pero desde mediados de ese mes estuvieron en condiciones de pasar a la ofensiva. Un desembarco en Inchón, el 15 de septiembre, permitió al cuerpo expedicionario liberar Seul. El 1 de octubre, las tropas de MacArthur franqueaban la frontera norcoreana.

La ofensiva no se detuvo allí. La Asamblea General de la ONU había decidido la reunificación de Corea bajo su patrocinio y era

preciso ocupar todo el país. El 19 de octubre cayó Pyonyang. Pocos días después, los atacantes alcanzaban el río Yalu, fronterizo con China.

Hasta entonces, los soviéticos se habían abstenido de intervenir, pese a sus denuncias de las maniobras norteamericanas en la ONU. Pero los chinos, que acaban de firmar una alianza con la URSS, no tenían los mismos escrúpulos. El 29 de septiembre, Chu En-lai advirtió que el pueblo chino no permanecería indiferente ante la salvaje invasión de un país vecino por los imperialistas. El 26 de octubre, las primeras tropas chinas entraron en combate al sur del Yalu. Fogueados en su guerra civil, los veteranos chinos pusieron en fuga a las tropas de la ONU. El 4 de diciembre, Lin Piao entraba al frente de sus tropas en Pyonyang. Un mes después caía en su poder Seul. A partir de entonces, la guerra entró en una fase de ofensivas y contraofensivas para estabilizarse luego en torno al paralelo 38.

Durante dos años los contendientes se desgastaron en sangrientos e inútiles combates locales. Hasta los rusos parecían dispuestos a salir de una situación para la que no parecía haber una solución militar. En julio de 1951 se iniciaron conversaciones para un armisticio en Kaesong. Siguieron meses de difíciles negociaciones sin que la guerra se detuviera hasta que, muerto ya Stalin, el armisticio firmado el 27 de julio de 1953 en Panmunjon volvió a dejar las cosas como estaban antes del conflicto.

El deshielo

El armisticio coreano abrió un nuevo período en las relaciones entre las dos *superpotencias*. Un aire de desarme moral, de deshielo en las relaciones entre el este y el oeste pareció invadir las cancillerías.

Stalin murió el 5 de marzo de 1953. La lucha por la sucesión se inclinó en favor de los sectores más renovadores del aparato estatal soviético: Malenkov, Bulganin, Kruschev…, quienes, con la política del *nuevo curso*, prometieron a los rusos mayores libertades, más artículos de consumo, precios más baratos.

En política exterior, los nuevos responsables parecían dispuestos a atenuar los rigores de la *guerra fría* mediante un nuevo estilo de *apaciguamiento* que abriera lentamente paso a una era de *coexistencia pacífica*. Pese a los inevitables sobresaltos como el levantamiento de la población de Alemania oriental, la URSS parecía haber consolidado un sistema de dominación en 1953 y el cerco occidental no parecía tan asfixiante como un lustro antes. Los dirigentes soviéticos aceptaban el empate estratégico en Europa y sólo aspiraban a consolidar su dominio sobre el Este europeo. El Kremlin se hacía eco del despertar tercermundista y parecía dispuesto a abandonar la prioridad de la disuasión militar en beneficio del proselitismo entre los pueblos de África y Asia.

En Estados Unidos, la guerra de Corea supuso una llamada a la reflexión. 30.000 muertos, 107.000 heridos y miles de millones de dólares consumidos en el conflicto eran una pesada carga para el país. La nueva Administración republicana, actuante desde enero de 1953, no compartía la herencia wilsoniana que había creado tan mala conciencia en los demócratas. Para Eisenhower y para su secretario de Estado, John F. Dulles, un abogado profundamente anti-comunista, pero más pragmático que sus predecesores, había llegado el momento de repartir responsabilidades en la contención del comunismo mediante la creación de un cinturón mundial de

aliados militares capaces de ayudar a Washington en su onerosa misión de vigilancia.

La prioridad de la política exterior norteamericana se había trasladado a Asia. En Europa parecía haber desaparecido el peligro de confrontación directa y los pruritos independentistas de los europeos, empeñados en sacar adelante la CED, no agradaban a los dirigentes republicanos. Dulles definió la nueva estrategia de su país como la *represalia masiva*. En adelante, los Estados Unidos responderían de forma inmediata y contundente a cualquier amenaza para su ámbito imperial en cualquier lugar del *mundo libre*. Intensificarían su carrera nuclear y procederían al establecimiento de una red de alianzas fuera de Europa. Los europeos debían escoger: o aliados incondicionales de los Estados Unidos o solos frente al bloque socialista.

El *deshielo* surgió como una breve esperanza mientras los dos grandes reajustaban sus estrategias a la nueva escala de confrontación. El período de 1953 a 1955 no sólo marcó el relevo de los viejos equipos de gobierno, sino el inicio de una nueva etapa en las relaciones internacionales: fin de las guerras de Corea e Indochina, maduración del sistema de alianzas militares, aparición del movimiento de los no alineados, reconciliación soviético-yugoslava, etc.

Los gestos de buena voluntad se multiplicaron. En abril de 1953, Eisenhower afirmó que los nuevos dirigentes soviéticos tenían una preciosa oportunidad para intentar invertir el curso de la historia. En diciembre de ese año, el presidente norteamericano lanzó su plan de *átomos para la paz*, consistente en la creación de una agencia internacional de la energía atómica para la utilización pacífica de la fisión nuclear. En enero de 1954, occidentales y soviéticos se sentaron juntos en Berlín para intentar llegar a un acuerdo sobre la unificación de Alemania. Un mes después, Molotov propuso la firma de un tratado de seguridad colectiva entre todos los países de Europa que sustituiría a los pactos militares y al que Estados Unidos y China podrían adherirse en calidad de observadores. Finalmente,

en julio de 1955, franceses, británicos, rusos y norteamericanos revivieron en Ginebra la era de las grandes *cumbres* y el espíritu cuatripartito. Con ánimo realista, acordaron activar las tareas de la Comisión de Desarme de la ONU, promover los contactos diplomáticos entre ambos bloques y buscar todas las vías posibles de distensión.

Pero detrás de cada paso en favor del *deshielo* se daba otro por la continuidad de la *guerra fría*. Al plan de *átomos para la paz* le respondió ese mismo año la primera explosión de una bomba de hidrógeno soviética y, un año después, la botadura del *Nautilus*, el primer submarino norteamericano con propulsión nuclear. Las conversaciones sobre Alemania fracasaban cada vez que intentaban reanudarse y las propuestas de un tratado de seguridad europeo se vieron contestadas con el ingreso de la República Federal Alemana en la OTAN y con la creación del Pacto de Varsovia. Y, pese a las protestas de buena voluntad por ambas partes, la Conferencia de Ginebra fue un fracaso que aventó las esperanzas prematuramente puestas en el *deshielo*.

Bibliografía

Fejto, F., *Historia de las* democracias populares, Barcelona, Martínez Roca, 1971. Fontaine, A., *Historia de la* guerra fría (dos vols.), Barcelona, Caralt, 1970. Fonvieille-Alquier, F., *El gran miedo de la postguerra*, Barcelona, Dopesa, 1974. Garraty, J. A., y Gay, P., *La Edad Contemporánea*, Barcelona, Bruguera, 1981, Jover, J. M., y otros, *En los umbrales de una nueva edad*, en Vol. XI de Historia Universal, Madrid, Espasa-Calpe, 1968. Kriegel, A., *Los grandes procesos en los sistemas comunistas*, Madrid, Alianza, 1973. Laqueur, W., *Europa después de Hitler*, Barcelona, Grijalbo, 1974. Martínez Carreras, J. U., *Introducción a la Historia contemporánea*, Madrid, Istmo, 1983. Renouvin, P., *Historia de las Relaciones Internacionales. Los siglos XIX y XX*, Madrid, Akal, 1982. Salom, J., *La* guerra fría, Barcelona, 1975. Toymbee, A. J., *El reajuste de Europa*, Barcelona, Vergara, 1969.